

IV. Tendencias actuales del sistema capitalista

“Pensamiento único” y resignación política: los límites de una falsa coartada

Atilio A. Boron*

I. Globalización: realidad y ficción

Un argumento favorito de los ideólogos y funcionarios gubernamentales en América Latina es que la novedad sin precedentes de la globalización ha puesto punto final a los viejos paradigmas y modelos de políticas públicas y a las tradicionales formas de concebir la articulación entre estado, mercado y sociedad. Según lo expresan sus voceros más enfervorizados, el keynesianismo está muerto, al igual que el “desarrollismo”, esa criatura de Raúl Prebisch y la Comisión Económica para la América Latina, para ni hablar de la “planificación central” utilizada por los regímenes socialistas. En el discurso de los intelectuales y técnicos adscriptos a la hegemonía del capital financiero internacional, el neoliberalismo se erige en la única alternativa. Fernando H. Cardoso sintetizó con su cartesiana claridad el nuevo sentido común de la época al decir que “fuera de la globalización no hay salvación; dentro de la globalización no hay alternativas”.

Sin embargo, pese a su luminosa brillantez, la expresión del presidente del Brasil no pasa de ser un ingenioso sofisma y, como tal, profundamente equivocado. En efecto, una mirada cuidadosa al proceso histórico demuestra que la globalización está lejos de ser una novedad en esta parte del mundo. Desde 1492, cuando se produjo su violenta incorporación a la expansiva economía-mundo mediante el “descubrimiento” y la conquista de América, los pueblos aborígenes de esta región padecieron en carne propia el carácter necesariamente global del capitalismo. Aprendieron también que en dicho sistema pueden coexistir, durante siglos, regímenes de esclavitud y servidumbre –como las que sobrevivieron en ciertas partes de América Latina y el Caribe hasta finales del pasado siglo– con formas altamente evolucionadas de organización capitalista de la producción. Y que, ante la debilidad de las respuestas políticas de los países de la periferia, la globalización puede causar estragos: en esta parte del mundo la primera ola globalizadora diezmó poblaciones, destruyó ciudades e imperios, exterminó pueblos enteros y aniquiló lenguas y culturas. No hay razones para suponer que la ola actual vaya a ser más benigna.

Este carácter histórico-universal del capitalismo y su incomparable dinamismo que lo lleva a expandirse por todo el planeta son dos de las razones por las cuales, hace poco más de un siglo y medio, Marx y Engels escribieron en uno de los pasajes más clarividentes y perceptivos del *Manifiesto* que

“Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. ... Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. ... Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas ... por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país sino en todas las partes del globo”.

Y culminan, premonitoriamente, advirtiendo que:

“La burguesía ... obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza” (Marx y Engels, pp. 23-24).

Como puede apreciarse, lo que hoy llamamos globalización es un fenómeno de muy antigua data. Tal como lo plantean Samir Amin, Paul Bairoch, Aldo Ferrer e Immanuel Wallerstein entre otros, su edad es tan antigua como la del capitalismo: casi cinco siglos. (Amin, 1997b pp. 2-6; Bairoch, 1998; Ferrer, 1997: pp. 22-26; Wallerstein, 1974: p. 67)

Más allá de las controversias que pudiera suscitar la interpretación que Marx y Engels hicieran sobre el curso del desarrollo capitalista hasta mediados del siglo pasado, lo cierto es que el pasaje citado demuestra una asombrosa exactitud a la hora de describir los rasgos principales –no sólo económicos– del capitalismo de finales del siglo XX. Si la capacidad de anticipar y predecir cursos futuros de desenvolvimiento es un criterio básico para evaluar la científicidad de las teorías, entonces la superioridad teórica del marxismo por sobre las teorías rivales de inspiración liberal es aplastante. El mundo que predecían no sólo Adam Smith y David Ricardo, con el atenuante de su mayor distanciamiento en relación a nuestra época, sino también el que pronosticaron los teóricos principales de la economía burguesa contemporáneos o posteriores a Marx, como Marshall, Walras y Jevons, tiene poco que ver con lo que efectivamente conocimos. El optimismo que éstos depositaban en los efectos niveladores e igualitaristas de los mercados fue rotundamente desmentido por los hechos. Sus ilusorias expectativas de que la competencia entre las firmas iría a impedir la constitución de los monopolios no corrió mejor suerte, y su supersticiosa confianza en la capacidad auto-regulatoria de los mercados se vio brutalmente defraudada con las dos guerras mundiales, la Gran Depresión y el cruento colapso del orden económico liberal de los años treinta. El mundo de hoy, y no sólo la economía sino también la sociedad y la cultura, se parece mucho más al que anticiparan Marx y Engels en el *Manifiesto* que a cualquier otra teoría. Las sombrías predicciones de George Soros vienen a ser un tardío y malhumorado reconocimiento de que los diagnósticos de los autores del *Manifiesto* siguen siendo correctos en lo esencial. “El sistema capitalista global responsable de la remarcable prosperidad de este país”, dijo el financista en una audiencia ante el Congreso norteamericano el 15 de Septiembre de 1998, “se está cayendo en pedazos.” (Soros, p, xi)

En resumen: la globalización, que en la hermenéutica neoliberal contemporánea aparece como “la gran novedad” de nuestros días, fue observada con extraordinaria precisión hace más de ciento cincuenta años, y sus tendencias principales fueron identificadas con no menor exactitud en esa misma época. Smith y Ricardo también llegaron a advertir este carácter globalizante del capitalismo, pero las limitaciones de su perspectiva teórica les impidieron extraer las radicales consecuencias a las que sí llegaron los fundadores del materialismo histórico.

¿Qué significa todo esto? Que la retórica de la globalización –o quizás su intencionada “mitologización”– distorsiona severamente los hechos al presentar lo que es una tendencia intrínseca y secular del modo de producción capitalista como si fuera un momentáneo e inesperado resultado. El carácter estructural, conciente y premeditado de este proceso ha sido subrayado por numerosos autores y, en fechas recientes, muy especialmente por Samir Amin. (Amin, 1997a: pp. 1-45) La manipulación ideológica a la que se presta el concepto de globalización es de tal naturaleza que conduce a sus víctimas a creer que sus efectos y consecuencias son obra de ciegas fuerzas impersonales, la mera “secreción natural” de un orden económico global en donde no existen estructuras, clases, intereses económico-corporativos ni asimetrías de poder que

cristalicen en relaciones de dependencia entre las naciones. (Gómez, 1997) Por si lo anterior fuera poco tal distorsión ideológica contribuye a diseminar la idea de que la única respuesta posible ante la globalización es la pasiva sumisión con la que hombres y mujeres aceptan resignados las catástrofes naturales. Como veremos en la última parte de este trabajo, tal ficcionalización de la globalización desempeña funciones político-ideológicas sumamente importantes a la hora de legitimar las políticas neoliberales, pero poco tiene que ver con la verdad.

II. Globalización: lo viejo y lo nuevo

Es necesario por lo tanto distinguir mitos de realidades, máxime en tiempos de confusión como los que nos tocan vivir. En el discurso neoliberal predominante sobre la globalización hay mucho más de fantasía apologetica que de un análisis sobrio y objetivo de los capitalismoes “realmente existentes”. No deja de ser llamativo que exista un consenso casi unánime entre los estudiosos del tema acerca de las distorsiones mistificantes que el uso corriente del término globalización posee. Difícilmente podría hallarse en la literatura económica una coincidencia tan grande, todo lo cual nos obliga a examinar muy cuidadosamente los argumentos hegemónicos esgrimidos por la doctrina neoliberal sobre este fenómeno. Obviamente que no es una pura casualidad que sea ésta la visión socialmente más difundida del fenómeno, y que los medios de comunicación de masas —una de las estructuras que más exitosamente resistió los embates del impulso democrático desplegado a lo largo de este siglo— compitan por promover una actitud conformista y resignada ante la globalización cuya funcionalidad para las clases dominantes es más que evidente.

En realidad, tal como sostiene uno de los más importantes estudiosos del tema, Paul Hirst, lo que caracteriza a la economía contemporánea es el ingreso a una nueva y acelerada fase de crecimiento de las tendencias globalizantes de la economía internacional. Este autor identifica tres grandes etapas en dicho proceso: una primera, coincidente con *la belle époque*, que transcurriera entre 1870 y 1914 con tasas de crecimiento medias del comercio y la producción mundiales en torno al 3.5 % anual. En esta misma etapa la exportación de capitales, principalmente desde el Reino Unido y en menor medida Francia, Alemania y otros países europeos, ya sea bajo la forma de inversiones directas o en cartera, alcanzó niveles en proporción al producto bruto que hasta el día de hoy siguen sin ser superados. Según Hirst, los Estados Unidos, Argentina, Australia y Africa del Sur eran “los tigres económicos de la era Victoriana, ... y sus principales ciudades representaban en ese entonces lo que Shanghai o Taipei son en nuestros días” (Hirst, p. 104).

La segunda fase de este proceso coincidió con el *boom* de la postguerra, y se extendió hasta la crisis del petróleo a mediados de los años '70. Entre 1950 y 1973 el crecimiento del comercio mundial fue en promedio del orden del 9.4 % anual, mientras que el del producto fue del 5.3 % anual. En otras palabras: el comercio creció al doble que la producción, y lo importante es que tanto uno como la otra lo hicieron muy por encima de los niveles registrados en el período de la *belle époque*. Con razón observa nuestro autor que esta “época de oro” de la expansión capitalista internacional —cuyos índices superan en varios órdenes de magnitud a los que se conocerían, a partir de finales de los setentas con el apogeo del neoliberalismo— tuvo lugar en el marco de los acuerdos de Bretton Woods y con fuerte intervencionismo estatal, tasas de cambio semi-fijas y movimiento de capitales rigurosamente controlados, algo digno de recordar en los tiempos que corren (Hirst, p. 104).

La última fase es la que comienza una vez que las economías industrializadas concluyeron sus procesos de ajuste ante los impactos del *shock* petrolero de 1973-1979. La reorganización económica resultante de la crisis del keynesianismo se produjo en un clima de exacerbación ideológica signado por lo que muy acertadamente Raúl Prebisch denominara “el retorno de la ortodoxia”, es decir, la reimplantación de principios y políticas como las que habían ocasionado el derrumbe de 1929: liberalización de los movimientos de capitales, desregulación de los mercados financieros, y adopción de tasas de cambio fluctuantes. Si bien en el período 1983-90 la expansión del comercio internacional fue muy fuerte aquélla no llegó a superar los registros del período keynesiano (Hirst, p. 105).

Ahora bien: el reconocimiento de las antiguas raíces de la globalización capitalista (o, en otras palabras, de todo lo “viejo” que aparece ahora disfrazado como una novedad absoluta) no implica desconocer la existencia de tres nuevos desarrollos que le han dado a la fase actual un dinamismo extraordinario:

(a) Por un lado, una vertiginosa mundialización de los flujos financieros, cuyo crecimiento ha sido muy superior al del producto y el comercio mundiales, o al también espectacular crecimiento de las inversiones extranjeras. Esta patológica “hipertrofia” de las finanzas internacionales tuvo una evolución extraordinaria a partir de la crisis del petróleo, y muy particularmente del triunfo del proyecto neoliberal de desregulación y liberalización de la esfera financiera. La resolución de la pugna hegemónica que se había desatado en el seno de las clases dominantes de los países industrializados en favor del capital financiero creó las excepcionales condiciones políticas que hicieron posible el auge sin precedentes de las transacciones financieras internacionales. Si bajo la divisa del “pleno empleo” en boga en los años de la posguerra se alinearon los sectores industriales y todas las fracciones del capital territorialmente fijadas, para quienes el primero aseguraba la prosperidad de sus negocios, bajo las banderas de la “estabilidad monetaria” y el “equilibrio fiscal” se nuclea la fracción financiera y los grupos y sectores para quienes la valorización del capital descansa principalmente en sus habilidades especulativas y en la maximización de las posibilidades que les ofrece el circulante líquido para pergeñar operaciones en tiempo real en los más apartados confines del planeta. El capital financiero puede florecer y prosperar aún cuando actúe sobre mercados internos deprimidos y con desempleo de masas, como lo demuestra sobradamente la experiencia latinoamericana en los años ochenta.

Es debido a esto que el torrente financiero internacional ha crecido a un ritmo exponencial, a tal grado que hoy en día alarma a los capitalistas más lúcidos, como George Soros, preocupados no sólo por la ganancia del presente sino fundamentalmente por la estabilidad a largo plazo del sistema y el lucro del mañana. Si en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial el volumen de las transacciones financieras internacionales representaba unas cinco veces el tamaño del comercio mundial, en la actualidad la proporción estimada es de aproximadamente quinientos a uno. Según Colin Leys, la suma diaria que circula por los mercados financieros internacionales es de 1,2 billones de dólares (U\$S 1.200.000 millones), cifra que en poco más de una semana iguala al producto bruto de los Estados Unidos, la mayor economía del mundo, y superior a las reservas atesoradas por todos los bancos centrales del mundo. En apenas seis horas estos mercados transan una cifra equivalente al PBI de la Argentina; en siete horas la de México, en ocho la del Brasil. (Leys, 1996)

Una pregunta insoslayable se refiere al grado de vinculación entre esta agigantada presencia del capital financiero y la economía real. Sobre este tema, las más diversas corrientes teóricas parecerían coincidir en un hecho: existe una muy débil relación entre los movimientos financieros y los de la economía real. Este diagnóstico es compartido tanto por autores que se inspiran en la tradición marxista (como, por ejemplo, Pierre Salama, José Luis Fiori y María da Conceição Tavares) como por quienes son tributarios del pensamiento liberal, como Peter Drucker, por ejemplo. Una monótona regularidad ratifica lo que venimos diciendo: la disminución de la tasa de desempleo en los Estados Unidos, sin duda un buen dato desde el punto de vista de la salud del sistema económico, suele por lo general suscitar pesimismo en los mercados financieros y actitudes reticentes en los grandes operadores, lo que se refleja en las correspondientes caídas del índice Dow Jones. Peter Drucker, un autor insospechado de simpatías socializantes, observaba recientemente que la extraordinaria movilidad del capital especulativo se deriva del hecho de que “no cumple ninguna función económica ni financia nada”. Por eso mismo no obedece a ninguna lógica económica o racionalidad de ningún tipo. “Es volátil y cae fácilmente en pánico a causa de rumores o acontecimientos inesperados”. (Drucker, p. 162) Por algo Keynes proponía la “eutanasia del rentista”, recordemos.

En el caso de los flujos financieros procedentes de los Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe, esta disyunción es aún mucho más acusada: aproximadamente la mitad de los capitales que salen de la plaza norteamericana con ese destino se dirigen hacia las Islas Caymán y otros “paraísos fiscales” del Caribe, países no caracterizados por cierto por su desempeño industrial, sus innovaciones tecnológicas o el tamaño de sus mercados. (Chomsky, 1998) Además, se estima que sólo el 3 % de las transacciones financieras internacionales

tiene que ver con el comercio internacional de mercaderías, lo que significa que casi la totalidad de los flujos financieros que hoy cruzan el planeta en todas direcciones son puramente especulativos, desvinculados de la economía real, y por supuesto del bienestar general de la población (Chesnais, p. 244). De ahí el nombre que se le ha dado a la actual fase de la economía internacional, “capitalismo de casino”, una actualización de la vieja caracterización leninista del “capitalismo parasitario” en tiempos de la Primera Guerra Mundial y que fuera ratificada poco tiempo atrás por Alan Greenspan al denunciar “la irracional exhuberancia de los mercados.” En su triunfo, el neoliberalismo transmutó la vieja obsesión keynesiana de practicar la “eutanasia del rentista” en la aniquilación del productor.

(b) El segundo elemento novedoso de la actual fase de la globalización capitalista lo constituye la cobertura geográfica sin precedentes que ha alcanzado este proceso, que ha creado por primera vez en la historia un espacio capitalista universal, sometiendo o integrando a su expansiva dinámica aún a países como la China, cuya organización económico-social es por ahora, estrictamente hablando, no-capitalista. Una somera inspección de los datos históricos revelaría que el “mundo capitalista” de fines de siglo pasado era mucho más acotado y circunscripto que el de nuestros días: el Atlántico Norte, Europa Occidental, las regiones litorales de América Latina y el Caribe, y algunos enclaves aislados de Asia y África. En la actualidad, el espacio capitalista ha alcanzado dimensiones planetarias, y sus leyes de movimiento se imponen aún en países como China, Cuba y Vietnam, incapaces de ponerse a cubierto de la feroz lógica mercantil que rige la marcha de la economía mundial. El “Segundo Mundo” ha desaparecido y las atrocidades del Khmer Rouge o la autarquía albanesa aparecen como una perversa imagen especular del precio que habría que pagar ante cualquier tentativa de desvincularse de los mercados mundiales.

(c) La tercera novedad de la fase actual de la globalización es la extraordinaria universalización de las imágenes y mensajes audiovisuales, un proceso controlado casi exclusivamente por un puñado de enormes oligopolios mediáticos que operan a escala planetaria. Algunos autores han optado por denominar como “macdonaldización” a la uniformización cultural resultante de este fenómeno, por cuanto el mismo implica la imposición o consentida adopción de valores, estilos culturales, íconos e imágenes proyectadas planetariamente a partir de la singularidad de la experiencia norteamericana y de un modelo de consumo completamente estandarizado, descontextualizado, fetichísticamente igualitario, barato y de baja calidad, cuya representación paradigmática está dada por la cadena de ventas de hamburguesas (Castellina, 1997; Featherstone, 1996). Siguiendo las precoces observaciones de Gramsci sobre este asunto, podría pensarse que la “macdonaldización” del mundo viene a rubricar el audaz proyecto de reforma intelectual y moral lanzado por la burguesía norteamericana con el “fordismo.” Una mirada crítica sobre este tránsito del “fordismo” al “macdonaldismo” no puede dejar de reparar en el significado que tiene el pasaje de un modelo de sociedad pautado a partir de una radical reorganización del proceso productivo, como la impulsada por Henry Ford en sus plantas automovilísticas, a otra inspirada en los “éxitos” comerciales del *fast food*. En todo caso, esta creciente homogeneización cultural ha sido un instrumento poderosísimo para la creación de un “sentido común” neoliberal que exalta las oportunidades que ofrece el mercado, lo que tal vez constituye el triunfo más notable de la reestructuración regresiva del capitalismo actualmente en curso.

El “pensamiento único” requiere como contrapartida una opinión pública igualmente única. Gramsci subrayó la importancia de este asunto en repetidas oportunidades al decir que “las ‘creencias populares’ ... tienen la validez de las fuerzas materiales” (Gramsci, 1966: 34). Este proceso ha sido facilitado por el carácter profundamente antidemocrático de los medios de comunicación de masas, los cuales en la mayoría de los países logran ejercer una influencia pública sin contrapesos ante la inexistencia de efectivas disposiciones legales y/o prácticas institucionalizadas que garanticen siquiera un mínimo nivel de control democrático sobre ellos. La legislación antimonopólica que respetan aún los gobiernos más proclives al dogma neoliberal no encuentra contrapartidas cuando se trata de los medios de comunicación de masas: las “megafusiones” que tuvieron lugar en los Estados Unidos en 1995 (Time-Warner y la CNN por un lado; la ABC y Disney por el otro)

son una prueba vociferante de lo que venimos diciendo (Ramonet, 1998: p. 119). Si a ello le añadimos aquello que Pierre Bourdieu denomina la “censura invisible”, la técnica del “ocultar mostrando” y la inercia sistémica del “campo periodístico” en favor del conformismo y la pasividad, completamos un cuadro en el cual las clases dominantes a nivel internacional tropiezan con pocos obstáculos a la hora de “manufacturar un consenso”, para utilizar la feliz expresión de Noam Chomsky. Se destinan recursos multimillonarios y toda la tecnología mass-mediática de nuestro tiempo a los efectos de producir un duradero lavado de cerebro colectivo que permita la aplicación aceiteada de –y la conformidad popular ante– las políticas promovidas por los grandes beneficiarios del orden neoliberal (Bourdieu, p. 19-29).

La aceleración y profundización de las tendencias globalizantes del capitalismo, así como su creciente impacto y cobertura geográfica, se vieron favorecidas por los formidables desarrollos tecnológicos que tuvieron lugar desde mediados de los años setenta, muy especialmente en el campo de las telecomunicaciones, la informática, la microelectrónica y los medios de transporte. Estos cambios han venido a sancionar el triunfo del tiempo sobre el espacio, a resultas del cual el mundo se ha “comprimido” dramáticamente por las nuevas tecnologías, que permiten enviar mensajes y movilizar ingentes sumas de dinero de un rincón a otro del planeta en milésimas de segundos. Huelga aclarar que este fabuloso progreso tecnológico estuvo lejos de ser neutro en sus impactos clasistas, toda vez que transfirió ingentes recursos económicos, políticos y simbólicos a las manos del nuevo “pacto de dominación” global, hegemonizado por el capital financiero, que detenta el control de tales instrumentos. Expresión de esto son la sólida amalgama formada por el conjunto de prescripciones conocido como el Consenso de Washington y la impetuosa “macdonaldización” cultural del mundo, gracias a la cual los intereses y valores de las clases dominantes del sistema han alcanzado una supremacía sin precedentes en la historia de la humanidad.

III. Contratendencias

No basta con denunciar los excesos mistificadores de la retórica celebratoria de la globalización capitalista. Para posibilitar una evaluación sobria, inmunizada ante las estridencias retóricas del discurso de la globalización, es preciso dejar de lado las palabras y observar cuidadosamente los datos objetivos que exhiben los capitalismo “realmente existentes”. Al efectuar esta sencilla operación se comprueba que los alcances reales de la “globalización” son más modestos de lo que se pretende hacer creer a la opinión pública.¹ Comencemos examinando algunos datos “suelos” pero sumamente ilustrativos: sólo el 17 % de la población de la India vive fuera de sus aldeas de origen, mientras que una proporción aún menor lo ha hecho en la China, dos países que en su conjunto comprenden poco menos de la mitad de la población mundial. Y en los Estados Unidos, potencia integradora del capitalismo global, apenas algo más de un tercio de los miembros de la Cámara de Representantes ha alguna vez salido del país, mientras que el resto sencillamente carece de pasaporte. ¿Un mundo globalizado?

Aldo Ferrer apela a la sensatez cuando nos exhorta a recordar otros antecedentes fundamentales y a extraer de ellos sus consecuencias lógicas: más del 80 % del producto mundial se destina a los mercados internos, y en consecuencia las exportaciones globales representan en conjunto algo menos del 20 % de la producción mundial. Con datos como éstos hablar de “un mundo globalizado” resulta por lo menos temerario. Y si en lugar de los productos hablamos de los productores entonces nos encontramos con que 9 de cada 10 personas trabajan para los mercados de sus respectivos países. Hay globalización, es cierto, pero es mucho menor de lo que se dice. El tan publicitado “crecimiento vía exportaciones” (*export led growth*), que los ideólogos neoliberales promueven persistentemente como la panacea para enfrentar los desafíos de la globalización, ignora un dato crucial de las economías desarrolladas: que en éstas el motor principal del crecimiento no se encuentra en la satisfacción de la demanda originada en algunos remotos mercados de ultramar sino en el dinamismo del mercado interno, que consume la mayor parte de lo que allí se produce. Contrariamente a lo que

opinan los expertos del FMI y el BM, y a lo que hacen los gobiernos de América Latina, no existe ni un solo caso en la historia económica internacional que demuestre que el desarrollo haya sido alcanzado mediante la perversa combinación de auge exportador y mercados internos deprimidos, desempleo de masas y bajos salarios. Esa fórmula es una ruta segura para la perpetuación del atraso y el subdesarrollo. La distancia que separa el discurso hegemónico de la globalización —ése que no desinteresadamente repiten machaconamente funcionarios, economistas satisfechos, y gran parte de los “medios de desinformación de masas”— de la realidad es muy grande (Ferrer, 1997: p. 20).

Es por eso que al examinar las cifras relativas a la “apertura comercial” —un verdadero artículo de fe en el catecismo económico del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional— se comprueba, no sin sorpresa, que entre 1913 y 1993 las economías de Francia, Japón, Holanda y el Reino Unido lejos de haberse “abierto más” desde el punto de vista del comercio exterior, hicieron exactamente lo contrario: acentuar la importancia de sus respectivos mercados internos. La siguiente tabla sintetiza con elocuencia lo que venimos diciendo:

Tabla I
Proporción del total del intercambio comercial
(importaciones más exportaciones)
sobre el Producto Bruto Interno de países seleccionados

	1913	1993
Francia	35.4	32.4
Alemania	35.1	38.3
Japón	31.4	14.4
Holanda	103.6	84.5
Reino Unido	44.7	40.5
Estados Unidos	11.2	16.8

Fuente: Thompson , p. 163.

¿Qué nos demuestra este cuadro? Que sólo Alemania y los Estados Unidos avanzaron en la dirección de “abrir” cautelosamente sus economías a los flujos comerciales internacionales mientras que Japón, el éxito económico más significativo del siglo XX, hizo exactamente lo contrario, cerrando la suya en una proporción por encima del cincuenta por ciento. En el caso de los Estados Unidos, conviene recordar que a pesar de la desaforada retórica libremercadista de los años Reagan/Bush su “coeficiente de apertura” sigue siendo sumamente bajo: aproximadamente igual al que tenían las economías latinoamericanas en las décadas de la industrialización sustitutiva de importaciones, y que, según los modernos clérigos neoliberales, fue la causante de nuestro atraso y subdesarrollo. Sucede que, tal como bien lo señalara Noam Chomsky en varios de sus escritos, tanto los Estados Unidos como el Reino Unido sólo comenzaron a predicar la virtud de las ideas neoliberales una vez que la ventaja competitiva alcanzada luego de 150 años de políticas férreamente proteccionistas —persuasivamente auspiciadas por Alexander Hamilton desde las etapas iniciales de la joven república— se tornara prácticamente inalcanzable para la abrumadora mayoría de los países. Además, su actual entusiasmo por el libre mercado no les impide valerse de un complejo arsenal de medidas para-arancelarias de distinta naturaleza, destinadas a defender su mercado interno del acoso de los competidores externos. Cualquier productor latinoamericano sabe lo engorroso y difícil que resulta exportar tanto a los Estados Unidos como a Europa. El resultado, en consecuencia, es un bajo coeficiente de apertura como el que se muestra en la tabla

precedente. En el caso del Reino Unido, debe mencionarse el hecho de que la mayor incidencia del comercio exterior refleja un rasgo idiosincrático de su economía, cual es la histórica gravitación de la City londinense en su carácter de centro neurálgico del viejo orden liberal decimonónico.

Ahora bien, si se estudian otros aspectos de las relaciones económicas internacionales, las conclusiones son coincidentes con las anteriores: sólo en el Reino Unido los activos y los pasivos externos de los bancos comerciales alcanzan a una cifra cercana al cincuenta por ciento del total, y esto, una vez más debido al peculiarísimo papel internacional desempeñado por la City. No puede dejar de recordarse que Londres es la plaza financiera más antigua del mundo, y que si bien el volumen de negocios transados en Tokio es superior al de aquélla, no ocurre lo mismo a la hora de evaluar la variedad y sofisticación de sus instrumentos de colocación. (Chesnais, p. 258) En Francia, en cambio, la proporción de los activos y pasivos externos desciende abruptamente hasta cerca de un 30 %, llegando a las proximidades de un 15 % en el caso de Alemania, un 10 % para el Japón, y menos aún para los Estados Unidos. ¿Hasta qué punto pues se encuentra “globalizado” el sistema financiero de los países desarrollados? Parecería que no en un grado demasiado significativo. Lo mismo cabe decir en relación a los fondos de pensión, que continúan siendo fenómenos económicos bastante poco expuestos a las vicisitudes de la “globalización”. En el caso de Alemania sólo un 3 % de los mismos se hallan invertidos en el exterior, proporción que sube al 4 % en los Estados Unidos, al 5 % en Francia, al 9 % en Canadá, al 14 % en el caso del Japón, y al 27 % en el Reino Unido, por las razones arriba mencionadas. Como si lo anterior fuera poco, prácticamente no existen extranjeros en los directorios de las grandes empresas que manejan los fondos de pensión aludidos más arriba. (Thompson, pp. 164-165)

Por último, una rápida inspección de los datos comparativos sobre el gasto público revela el carácter mitológico de otras de las supuestas consecuencias de la globalización: que como resultado de esta última, para sobrevivir en el competitivo escenario internacional se habría vuelto necesario “achicar” el estado y reducir el gasto público. De este modo la “globalización” impulsaría la inexorable privatización de las empresas estatales y los salvajes recortes en los presupuestos del sector público. Sólo estas políticas, únicas e inapelables, serían las que posibilitarían la adopción de estrategias exitosas para sobrevivir en un mundo que requiere cada vez mayor libertad para los mercados, y que impone renovadas barreras a las intromisiones de los estados y a las tentativas de los gobernantes de inmiscuirse en asuntos que no son de su competencia. Como lo demuestra la tabla II, tales afirmaciones, repetidas *ad nauseam* por los voceros del neoliberalismo, no pasan de ser vulgares “ideologemas” incapaces de resistir la más elemental prueba de la experiencia.

Tabla II
Gastos totales de los gobiernos, 1970-1995
(como % del PBI a precios de mercado)

	1970	1980	1990	1995	
Austria	39.2	48.8	49.3	52.7	
Francia	38.9	46.6	50.5	54.1	
Alemania Occidental		38.5	48.0	45.3	49.1*
Italia	34.2	41.9	53.2	53.5	
Japón	19.4	32.6	32.3	34.9	
Suecia	43.7	61.2	60.7	69.4	
Reino Unido	37.3	43.2	40.3	42.5	
Estados Unidos	31.6	33.7	36.7	36.1	

Notas: * Corresponde a la Alemania unificada.

Fuente: Thompson, p. 167.

Estos datos demuestran cómo en los “capitalismos realmente existentes” (y no en el universo ilusorio que imaginan los ideólogos neoliberales) el tamaño del estado, medido por la proporción del gasto público total en relación al PBI, no cesó de crecer. Tal como lo hemos señalado en otro lugar, lo que efectivamente ocurrió en la década de los ochenta fue una desaceleración en el ritmo de crecimiento del gasto público, y no, como pregonan aún los economistas del “establishment” financiero internacional, un radical desplome del mismo al estilo de lo que hemos venido padeciendo en América Latina. (Boron, 1997a: pp. 186-188 y 224-228) Una cosa es crecer más lentamente en relación a los extraordinarios índices de la posguerra, y otra muy distinta que se produzca una reducción en el tamaño del estado. Una vez más, el caso británico presenta algunas particularidades dignas de ser tomadas en cuenta, pero que aún así no invalidan la conclusión general expuesta más arriba. En efecto, pese a lo estentóreo de su retórica, la experiencia gubernativa de Margaret Thatcher y John Major apenas si se tradujo en una caída en el tamaño del estado inferior a un 1 % del PBI. La famosa consigna de producir el *roll back* del presupuesto público para regresarlo a las viejas épocas pre-keynesianas quedó reducida a una piadosa mentira. La razón de fondo de este fracaso de los proyectos neoliberales tiene que ver con un hecho bien simple: que las conquistas populares coaguladas en lo que hoy conocemos como el “Estado de Bienestar” se convirtieron en cláusulas constitutivas y no negociables del contrato social de los capitalismos de la postguerra en el mundo industrializado. Pensar que una ocasional modificación en la correlación electoral de fuerzas podría dar por tierra con dichas cláusulas consistió, quizás, en el principal error de los estrategas neoliberales.

En el caso norteamericano, como es sabido, el “contrato social keynesiano” careció de la fortaleza y amplitud evidenciadas en Europa. Sin embargo, los doce años signados por la hegemonía republicana demostraron la “insoponible levedad” de la propaganda neoliberal: al promediar la Administración Bush lejos de disminuir el tamaño del gasto público norteamericano se había acrecentado en 3 puntos del PBI en relación al que existía antes del comienzo de la “cruzada privatista” de Ronald Reagan. Esta tendencia expansiva del gasto público se verificó asimismo en el Japón, y con rasgos mucho más marcados, en el resto de los capitalismos desarrollados. En síntesis, una mirada sobria a datos recientes producidos por el FMI, el Banco Mundial o la OECD, revelaría que desde la década de los ochenta la abrumadora mayoría de los estados del Primer Mundo vio aumentar la participación del gasto público sobre el PBI, incrementar sus ingresos tributarios, acrecentar el déficit fiscal y la deuda pública, e inclusive, en no pocos casos, el empleo en el gobierno. Al comenzar la década de los ‘90 la proporción de empleados públicos sobre el total de la población era del orden del 8.3 % en Alemania, 9.7 en Francia, 8.5 en el Reino Unido, y 7.2 en los Estados Unidos, por contraposición a cifras cercanas al 3.5 % para Brasil, 2.8 en Chile y una cifra similar para la Argentina luego de la “reforma del Estado” puesta en práctica por el gobierno de Menem, eufemismo para aludir a una salvaje política de despidos masivos financiada por el Banco Mundial con préstamos encaminados a recargar aún más el peso de la deuda externa. (Calcagno y Calcagno, 1995: 29-31)

En consecuencia, el discurso supuestamente técnico del *downsizing* y el desmantelamiento del Estado no parecería ser otra cosa que una estrategia retórica destinada a manipular la voluntad política de los “eslabones más débiles” de la cadena imperialista, toda vez que, como lo demuestra palmariamente la experiencia latinoamericana, el remate de las empresas públicas ha significado un pingüe negocio para los acreedores externos y sus aliados locales. Los datos disponibles acerca del crecimiento del estado le dan la razón a John Williamson cuando sostiene que “Washington no siempre practica lo que predica”. (Williamson, p. 17) No sólo Washington: ni en Bonn, Roma, París o Tokio la tan mentada “reforma del estado” es una política seriamente considerada en los capitalismos avanzados. Tan es así que un reciente informe especial de la revista *The Economist*, difícilmente sospechable de poseer inclinaciones izquierdistas, lleva por título “La Mano Visible”. Luego de un exhaustivo análisis de los datos relativos al comportamiento del sector público en los países de la

OECD el artículo concluye, con un tono melancólico, que *the big government is still in charge*. Pese a las tan proclamadas “reformas neoliberales”, entre 1980 (época en que se lanzaron los programas de ajuste y los planes de austeridad fiscal) y 1996, el gasto público de las 14 naciones más avanzadas de la OECD subió del 43.3 % del PBI al 47.1 % (*The Economist*, 1997: p. 8). Datos de todo tipo confirman lo que para *The Economist* es una lamentable realidad, cuyas conclusiones se sintetizan de este modo:

“El crecimiento de los gobiernos de las economías avanzadas en los últimos cuarenta años ha sido persistente, universal y contraproducente. ...En Occidente, el progreso hacia un gobierno más pequeño ha sido más aparente que real. Si se examina cuidadosamente el asunto, aún los reformistas más convencidos - Ronald Reagan en los Estados Unidos y Margaret Thatcher en el Reino Unido- no lograron gran cosa. En el resto de Occidente el estado siguió creciendo, salvo por los efectos ocasionales de alguna crisis fiscal”. (*The Economist*, 1997: p. 48)

En conclusión, el problema de las economías latinoamericanas no radica en el tamaño de sus estados o en la magnitud de su gasto público, sino precisamente en lo que, por comparación con las economías desarrolladas, se revela como la raquítica constitución de los primeros y la crónica insuficiencia y debilidad del segundo. Comparados con los apolíneos estados de los países de la OECD, los latinoamericanos aparecen como enanos deformes y viciosos: son cuantitativamente pequeños y grotescamente desproporcionados, y para colmo de males ineficientes y corruptos, aunque en grados variables según los países.

El problema en el caso de América Latina se complica porque no hay camino al desarrollo que no requiera de la existencia de un estado “fuerte”. Claro está que, para evitar confusiones, es preciso distinguir esta posición de la que tradicionalmente ha sostenido el neoliberalismo en América Latina: para algunos de sus representantes –pensemos en un Alvaro Alsogaray en la Argentina, un Jaime Guzmán en Chile, un Roberto Campos en Brasil–, el estado “fuerte” por el que tantas veces clamaron, y al que tantas veces sirvieron con unción, es el estado despótico y represor que ensombreciera nuestra región en los años setenta. “Fuerte” para “desaparecer” opositores, destruir sindicatos, suprimir partidos políticos, clausurar parlamentos, dismantelar a las universidades, amordazar a la prensa y someter a la sociedad civil. Pero, tal como lo señalaran en innumerables oportunidades Ruy Mauro Marini y Agustín Cueva, eran estados de una patológica debilidad y de un servilismo sin límites a la hora de relacionarse con los grupos y clases dominantes. No es ése, por cierto, el sentido que nosotros le asignamos a la expresión estado “fuerte”. Haciendo pie en algunas elaboraciones de Linda Weiss, pero yendo más allá del punto al que llega esta autora (preocupada por la problemática de la reestructuración industrial) podríamos provisoriamente definir a la fortaleza estatal como la capacidad para gobernar a la sociedad civil, que se encuentra dividida en clases antagónicas, y para disciplinar a los mercados y a los agentes económicos, incluyendo principalmente a los grupos dominantes. Un estado de este tipo requiere a su vez una sólida legitimidad democrática, sin la cual su fortaleza tarde o temprano comenzaría a erosionarse irremisiblemente (Weiss: 1997, pp. 15-17; 1998). “Fuerte”, por ejemplo, para garantizar agua potable a las 1.500 millones de personas que en el Tercer Mundo carecen de ella sin que exista la más remota probabilidad de que el mercado se encargue de abastecerlas: se trata precisamente de las clases y grupos sociales más pobres de esos países, de los desocupados crónicos, de quienes apenas si alcanzan un nivel mínimo de educación y no pueden sino aspirar a empleos precarios e inestables en el mejor de los casos, y que construyen sus humildísimas viviendas en terrenos cuya posesión es más que incierta. En México, por ejemplo, 13 millones de personas carecen de agua potable y 27 millones habitan casas sin desagües cloacales. ¿Quién sino el Estado, a partir del primado de una lógica no-mercantil, podría hacerse cargo de satisfacer esas necesidades?(*Excelsior*, pp. 3-A y 40)

Finalmente, quisiéramos concluir esta sección discutiendo otro elemento que fluye a contracorriente de las concepciones de uso común sobre la globalización: la creencia de que los principales actores de la escena económica global, las “mega-corporaciones”, se han independizado por completo de cualquier “base nacional”, adquiriendo de este modo un definido carácter “transnacional”. Es notable el arraigo que ha adquirido una leyenda como ésta, que se contradice abiertamente aún con las informaciones empíricas más elementales

relativas al mundo empresarial de nuestros días. ¿Cómo reconciliar estos rasgos supuestamente supranacionales o “postnacionales” de las grandes corporaciones con el hecho de que menos del 2 % de los miembros de los directorios de las mega-corporaciones americanas y europeas son extranjeros, y que menos del 15 % de todos sus desarrollos tecnológicos se originan fueran de sus fronteras “nacionales”? A pesar del alcance global de sus operaciones, la Boeing o la Exxon son firmas norteamericanas, como la Volkswagen y la Siemens son alemanas y la Toyota y la Sony son japonesas. Cuando sus intereses son amenazados por gobiernos hostiles o competidores desleales, no es el Secretario General de la ONU o el Consejo de Seguridad el que toma cartas en el asunto, sino los embajadores de los Estados Unidos, Alemania o Japón quienes tratarán de corregir el rumbo y proteger a “sus” empresas. La experiencia recogida en este sentido en la Argentina de los noventa es abrumadora. Noam Chomsky cita una encuesta reciente efectuada por la revista *Fortune* en donde las cien principales firmas transnacionales del mundo, sin excepción, declararon haberse beneficiado de una manera u otra con las intervenciones que realizaron en su favor los gobiernos “de sus países”, y el 20 % de ellas reconocieron haber sido rescatadas de la bancarrota gracias a subsidios y préstamos de diverso tipo concedidos por los gobernantes. Dados estos antecedentes, ¿qué sentido tiene seguir hablando de “empresas transnacionales” o “globales”, o de la erosión y disolución de los “estados nacionales”? (Chomsky, 1998; Kapstein, 1991/92).

Por supuesto, al igual que en las otras dimensiones ya analizadas, existen importantes variaciones nacionales: ciertos estados tienen mayores posibilidades de controlar a sus capitalistas que otros. Por ejemplo, los gobiernos del Sudeste Asiático mantienen un control mucho mayor sobre las empresas de la región que el gobierno norteamericano sobre las de los Estados Unidos. Los gobiernos de la periferia, por otro lado, tienen pocos recursos para controlar a las grandes transnacionales: éstas pueden imponer allí su ley ante una debilísima (y casi siempre corrupta) autoridad pública, pero la ecuación está muy lejos de ser inmodificable. Y ésto, en buena medida, porque siempre existirán condiciones coyunturales que, en distintos momentos, puedan potenciar o debilitar la capacidad de los estados de controlar a las fuerzas del mercado. La experiencia de este siglo es muy clara al respecto: en épocas de depresión económica o guerra los márgenes de control de los gobiernos sobre las empresas se acrecentaron significativamente en todos los países, tanto en el centro como en la periferia. Superadas estas circunstancias dramáticas la situación fue revertida, pero nunca regresando al punto de partida, y ésto es lo que se encuentra en la base de la persistente crítica de revistas como *The Economist* al así llamado “intervencionismo” estatal.

Sintetizando: la globalización existe como tendencia, acentuada en la fase actual del desarrollo capitalista internacional. Sus efectos son sumamente “heterogéneos y desiguales”, variando considerablemente según países, regiones, y ramas de actividad económica. Sin embargo, sus dimensiones reales son mucho menores de lo que nos quiere hacer creer la interpretación neoliberal dominante, y existen poderosas contratendencias que sería erróneo subestimar.

IV. La economía neoclásica y el nuevo “fundamentalismo de mercado”

En la narrativa neoliberal, la globalización aparece como un torrente irresistible que arrasa con los mercados nacionales, derrumba las fronteras del estado, y homogeiniza inexorablemente a las sociedades y las culturas. Ante una fuerza supuestamente tan descontrolada e incontrolable como ésta, el único curso sensato de acción que se abre para los gobiernos responsables y prudentes –dice el discurso ortodoxo– no es otro que el de inclinarse ante la globalización, cediendo a su empuje y absteniéndose de ofrecer una resistencia que sólo obraría en un sentido contrario al deseado. Una actitud de serena y realista aceptación de un proceso como

éste, que en el relato neoliberal es análogo al de las ciegas fuerzas de la naturaleza, es lo único que puede minimizar los gravísimos costos que acarrearía toda inútil resistencia a las terribles fuerzas del mercado.

Uno de los síntomas más claros de la crisis terminal de la economía neoclásica es el fanatismo con el cual sus cultores adhieren a esta distorsionada visión de la economía internacional y del actual proceso de globalización. A nadie se le puede escapar la llamativa similitud existente entre el pensamiento religioso más primitivo y la economía neoclásica: el mundo está poblado por una multitud de criaturas pecaminosas y malvadas, los gobiernos, que se permiten incurrir en todo tipo de inconductas (el así llamado “populismo económico”, que se manifiesta en indisciplina fiscal, inflación, hipertrofia del sector público, demagogia salarial, etc.), provocando de este modo la ira de los mercados globalizados, que en represalia castigan a los pecadores enviándolos al infierno de la inestabilidad financiera, la fuga de capitales, la deuda externa, los golpes de mercado, la hiperinflación, la recesión, el desempleo de masas y la pobreza. Sólo que ahora quienes en sus apetitos descontrolados comen la fruta prohibida del Arbol de la Sabiduría de la economía neoclásica no son los primigenios Adán y Eva sino los gobiernos de la periferia capitalista, provocando la furia del nuevo Yhavé encarnado en la omnipresencia y omnipotencia de los mercados globales.

Son muchos quienes en el pasado acusaron a los economistas liberales de “endiosar” a los mercados, a la vez que sin pudor alguno procedían a satanizar al estado. Sin embargo, podría decirse, parafraseando a Emile Durkheim, que aquellas –las de Adam Smith y David Ricardo– eran formas elementales y comparativamente inofensivas de la vida religiosa. El culto a la globalización neoliberal, en cambio, mata. Muchos pagaron con sus vidas los desaciertos y los mitos de la economía neoclásica y la política económica por ella inspirada en América Latina, la ex-Unión Soviética y los países del Este europeo. Según un informe oficial, en la Argentina mueren 15,000 niños de entre 5 y 15 años de edad por causa de enfermedades fácilmente curables si el Estado dispusiera de un presupuesto adecuado para salud pública. (Secretaría de Programación Económica, p. 18) De acuerdo a lo divulgado en un reciente informe de la UNICEF, en la Rusia de Boris Yeltsin la esperanza de vida al nacer de los varones se redujo en poco más de seis años entre 1989 y 1994, condenando a millones de personas a vivir en promedio seis años menos como tributo a la sabiduría de las recetas económicas del neoliberalismo. (UNICEF, p. 27.) En México, luego de quince años de políticas neoliberales, la estatura promedio de una muestra nacional de adolescentes mexicanos disminuyó en casi dos centímetros, un repugnante “milagro económico” de la economía de libre mercado. (Laurell, p. 7) Pese a la contundencia de estos datos Jeffrey Sachs sostiene, sin evidencia plausible y apelando a rebuscados tecnicismos dirigidos a obviar lo que no puede ser obviado, que “todavía no hay un consenso acerca de los efectos de la economía globalizada sobre la distribución del ingreso dentro de los mercados avanzados y emergentes”. (Sachs, p. 107) Conviene recordar que fue este mismo autor –padre de los “milagros económicos” boliviano y ruso– quien a comienzos de los años ochenta aseguraba que no había razones para dejar de prestar dinero a las dictaduras latinoamericanas y que la eventualidad de una “crisis de la deuda” era altamente improbable. ¿Estará tan atinado en su juicio el día de hoy?

Resumendo, es posible extraer dos conclusiones: (a) el discurso misticante de la “globalización” ha desembocado en la exaltación de un “pensamiento único” que clausura con su falso realismo y su resignado posibilismo la capacidad de pensar políticas alternativas y de “ver” las perniciosas consecuencias económicas, sociales y políticas de aquellas que se están implementando. Al “pensamiento único” corresponde la “política única”; (b) este nuevo determinismo resulta altamente funcional a los intereses de la nueva coalición dominante del capitalismo internacional, que ha obtenido un rotundo triunfo al convertir al neoliberalismo en un verdadero sentido común epocal (Boron, 1997b).

Los críticos del neoliberalismo tropiezan invariablemente con la misma respuesta: éste es el “único modo de gestionar seriamente a la economía”. Teóricos que han construido su reputación mundial oponiéndose en nombre de la libertad al supuesto “determinismo” del pensamiento marxista, ahora predicán con insólito fervor la inexistencia de alternativas y adhieren al más radical determinismo. Se impone, nos dicen, archivar las dañinas utopías del pasado. Debemos “olvidar” todo lo que hemos dicho y escrito, o escuchado y leído. Los gobernantes

latinoamericanos hicieron suyo el slogan publicitario de Margaret Thatcher: “TINA: *there is no alternative*”, y aseguran con fingido realismo que lo que se está haciendo es lo único que se puede hacer. Para esto cuentan con la asesoría de los ideólogos del capital transnacional, en no pocos casos viejos “izquierdistas” que con el paso del tiempo encontraron nuevas avenidas para encauzar más provechosamente su incurable devoción por los dogmas. Según el “pensamiento único” la globalización impuso un modelo de gestión inexorable, que sería presuntamente el que prevalece en los capitalismos desarrollados. O nos adecuamos a sus mandatos y “entramos al Primer Mundo” –como dice el Presidente Menem– o nos autocondenamos a la exclusión, la decadencia, y finalmente a un desenlace apocalíptico al estilo de Cambodia bajo el Khmer-Rouge. El principal propagandista del “pensamiento único” en el *New York Times*, Thomas L. Friedman, lo dice con la tosquedad característica de la derecha norteamericana: “Hoy, sólo hay vainilla de mercado libre o Corea del Norte. ... El mercado libre es la única alternativa ideológica que queda. Una sola vía, diferentes velocidades. Pero una sola vía.” (Friedman, p. 25) No hay escapatoria ante los tentáculos de la globalización. Los gobiernos tienen las manos atadas, y, si son sensatos y responsables, lo único que les cabe hacer es acompañar este proceso de la mejor manera posible, “adaptándose” a las nuevas realidades y tratando de sacar partido de algunas de las oportunidades que la globalización ofrece a los más audaces y desprejuiciados. En un *lapsus linguae* sumamente significativo los teóricos del capitalismo global utilizan un vocablo cargado de fúnebres reminiscencias, “nichos”, para referirse a las supuestas oportunidades que ofrecen los mercados internacionales. En suma: la política económica nacional fue sustituida por las cotizaciones de la bolsa de New York, Tokio y Londres. Lo que queda es el camino de una serena y constructiva resignación. Parafraseando un viejo adagio de la política, en la visión del neoliberalismo “los estados reinan y los mercados gobiernan”.

Ahora bien: ¿qué grado de seriedad tienen estos argumentos? Ninguna. Escuchemos antes que nada la opinión de John K. Galbraith, uno de los más importantes economistas de este siglo: en una entrevista concedida al diario italiano *Corriere della Sera* y reproducida en Brasil por la *Folha de São Paulo*, Galbraith sostuvo que “la globalización ... no es un concepto serio. Nosotros, los americanos, lo inventamos para disimular nuestra política de penetración económica en otros países”. (Galbraith, p. 2-13) Por lo tanto, gran parte del discurso neoliberal de la globalización está constituido por una acumulación de simples ideologemas, racionalizaciones tendientes a ocultar, detrás de la supuesta inexorabilidad del “sentido común neoliberal”, una opción político-económica muy clara en favor de los sectores más concentrados del capital. El determinismo neoliberal tiene como objetivo, como coincidentemente lo recuerda Samir Amin, legitimar las estrategias del capital imperialista dominante. “La forma de la mundialización” –añade– “depende en definitiva y como todo lo demás de la lucha de clases”(Amin, 1997). Y en una etapa histórica signada por la derrota de la clase obrera y de las fuerzas progresistas, la forma que asume la mundialización expresa de manera cristalina la nueva correlación de fuerzas en favor del capital.

Como vimos más arriba, la contradicción entre el discurso neoliberal y la realidad de los capitalismos contemporáneos es escandalosa. En varios de sus escritos, Noam Chomsky ha sugerido que estas mistificaciones no son para nada inocentes: contribuyen a des-responsabilizar a los gobiernos neoliberales y a las grandes mega-corporaciones transnacionales de las nefastas consecuencias de sus políticas. Si aumenta el desempleo, caen los salarios reales, se acrecientan las ganancias, se concentra el capital, se derrumba el sistema de salud pública, se desatiende a la educación y se destruye el medio ambiente, todo es atribuible a una conveniente e inimputable nebulosa, la “globalización” y no a las políticas que promueven las clases dominantes. El desempleo aumenta debido a la terca intransigencia de los trabajadores que no aceptan la “flexibilización” de los mercados de trabajo, tal como ocurre en países lejanos en los cuales los asalariados trabajan diez o doce horas diarias por veinte dólares semanales. Y si los salarios reales caen, es porque hay un exceso de personas dispuestas a trabajar por cualquier precio y porque las empresas deben recortar sus costos tanto como les sea posible apelando a todos los recursos imaginables. Si por otro lado reaparecen plagas medievales a finales del siglo veinte, ello se debe a la necesidad de asegurar un superávit de las cuentas fiscales que atraiga a los capitales externos, todo lo cual exige una radical reducción del gasto público. De este modo no hay nadie, ni el gobierno ni las grandes empresas, a quien culpar. Todo ocurre debido a la “globalización”. Y como dice Hayek, si

no hay nadie a quien atribuir responsabilidades tampoco tiene sentido hablar de justicia o injusticia: nadie dice que un terremoto o una inundación son injustos, asegura Hayek, porque nadie es responsable de su ocurrencia. Lo mismo sucede con los mercados.

Pero entonces, ¿cómo entender que en un mundo así de “globalizado” y unificado los japoneses hayan tenido, hasta antes de su crisis y por un extenso período histórico, una tasa de desempleo del 3 % y los argentinos una que oscila entre el 15 y el 18 %? ¿Por qué Alemania puede tener un mercado laboral muy regulado y ser competitiva mientras se aduce que Brasil “no es competitivo” por la supuesta rigidez de su mercado laboral? ¿Por qué los países “reformados” de América Latina saludan el advenimiento de la globalización liquidando sus sistemas estatales de seguridad social, mientras que un país como Singapur, muchísimo más integrado a los flujos del capitalismo globalizado que cualquiera de nuestra región, ha mantenido hasta la fecha un sistema estatal de seguridad social? Respuesta: porque en realidad el impacto de la “globalización” está siempre mediado por las políticas públicas y la conducta de los gobiernos. Como bien lo observa José M. Gómez los datos reales sobre el funcionamiento de la economía capitalista invalidan cualquier pretensión de “extraer conclusiones simplistas y, al límite, peligrosas del tipo ‘fin del Estado’, o sobre la indiferenciación de situaciones nacionales o la superación de la idea de economía y proyecto nacional.” (Gómez, p. 22) En consecuencia, la idea de la desaparición de los estados nacionales, o su incurable “impotencia” ante la fuerza arrolladora de la globalización, es un mito comparable a aquél que predica la evaporación de la geografía y el eclipse de los mercados nacionales. Las políticas concretas que adopten los gobiernos fueron y siguen siendo decisivas para modelar, orientar, y en algunos casos neutralizar, los influjos de la globalización. La adopción de estas distintas políticas dependerá a su vez de la correlación objetiva de fuerzas sociales que existan en cada sociedad, las que dan forma al poder del estado y fijan la agenda con las prioridades de las políticas públicas.

En suma: la experiencia demuestra que ante las tendencias supuestamente avasallantes de la “globalización” existe un considerable repertorio de respuestas nacionales. No respondió de la misma manera Corea del Sur, cuyo formidable desarrollo se dio en el marco de un sistemático aumento de los salarios reales en los últimos veinte años, que Argentina o Brasil, donde éstos se desmoronaron a partir de los ochenta. Más allá de sus dificultades actuales, ocasionadas en gran parte por la furia especulativa de los mercados y por la necesidad de “ajustar cuentas” con uno de los paladines de un modelo de desarrollo capitalista que se aleja significativamente de los preceptos del neoliberalismo, lo cierto es que Corea del Sur fue el único país que en el último medio siglo fue capaz de traspasar las fronteras que separan al subdesarrollo del desarrollo. Al revés de lo que aconteciera en América Latina, en Corea las ideas neoliberales siempre fueron consideradas como extravagancias ideológicas poco conducentes al buen manejo de la cosa pública. Esta apreciación estaba tan arraigada que ni siquiera los años de la ocupación norteamericana lograron erradicarla. Por consiguiente, en Corea se adoptó una estrategia de desarrollo basada en la protección del mercado interno, una fuerte y diversificada intervención estatal, el estricto control de las transacciones financieras, y una política salarial que en las últimas dos décadas se tradujo en un aumento persistente de los ingresos de los trabajadores, es decir, lo contrario a lo acontecido en América Latina. Los resultados están a la vista.

Por consiguiente, la mayor o menor apertura comercial, o el grado diferente de exposición a las fluctuaciones del sistema financiero internacional, no son “accidentes naturales” o manifestaciones de una inescrutable providencia divina, sino productos históricos que expresan los resultados, siempre provisorios y cambiantes, de la dialéctica entre las fuerzas empeñadas en conservar el orden social existente y aquellas que pugnan por superarlo. Si el gasto público en América Latina viene bajando en dirección al promedio del Africa sub-Sahariana mientras que en los países de la OECD aumenta ininterrumpidamente, esto no se debe a que nuestras economías se encuentran integradas a los mercados mundiales mientras que las de la OECD se “cerraron” a sus influjos, sino a los resultados concretos de las luchas sociales que garantizaron una exitosa defensa del sector público y del Estado de Bienestar. Suecia y Alemania están tan expuestas a la “globalización” como Bangladesh y Gabón: ¿por qué los gobiernos de América Latina procuran igualar los salarios que reciben sus trabajadores en

función de los últimos y no de los primeros? Si ocurre una cosa en lugar de la otra, es por la debilidad del movimiento obrero y las fuerzas de izquierda, y no por un supuesto fatalismo de la historia.

La globalización no necesariamente conduce al “dumping social” o a las políticas anti-obreras. Su impacto, que es indiscutible, siempre se encuentra mediado por las políticas públicas y el desempeño gubernamental. También por la acción de los grandes conglomerados económicos, la fuerza de los partidos y sindicatos, y, en una palabra, el activismo y la capacidad de movilización de la sociedad civil. La colusión entre los gobiernos y las mega-corporaciones transnacionales utiliza convenientemente a la globalización como un pretexto para justificar las políticas económicas que protegen a los ricos y acrecientan el poder y la riqueza de los grandes monopolios internacionales, mientras que descargan el peso de la crisis sobre los hombros de los más débiles y necesitados.

V. La globalización como “etapa superior” del imperialismo.

Enfrentado al gran desafío de tratar de comprender las significativas novedades que exhibía el capitalismo a comienzos del siglo XX, Lenin concluyó en su clásica obra que el advenimiento de los monopolios y la práctica desaparición de la competencia debían ser teóricamente reinterpretados como manifestaciones de un tránsito hacia una “fase superior” del capitalismo: el imperialismo. Su actitud desprejuiciada y objetiva (que contrastaba con quienes habían hecho del marxismo un dogma fosilizado e inservible) permitió iluminar las transformaciones de la que no podían dar cuenta las interpretaciones canónicas del marxismo de la Segunda Internacional.

A finales del siglo XX, las tendencias y contradicciones de la economía capitalista internacional podrían sintetizarse, parafraseando a la clásica formulación leninista, diciendo que la globalización constituiría una nueva “fase superior” –y por ende más altamente evolucionada, penetrante, y abarcativa– del imperialismo, dotado ahora de inéditos poderes de desestructuración y reestructuración regresiva tanto de las arcaicas como de las más modernas formaciones sociales del capitalismo internacional. Sobradas evidencias comprueban que el predominio indiscutido de los monopolios apuntado por revolucionario ruso en los años de la Primera Guerra Mundial, lejos de haberse agotado, se acentuó considerablemente, facilitado en gran parte por los nuevos desarrollos tecnológicos de nuestra época. En ese sentido, sólo metafóricamente podríamos hablar de una nueva “fase”, dado que el antecedente fundamental del tránsito de la libre competencia al imperialismo, a saber, la hegemonía de los monopolios, no solamente ha permanecido incólume sino que se ha acentuado extraordinariamente en la etapa actual. Tremenda paradoja: la realidad muestra que las economías latinoamericanas –y el caso argentino es un ejemplo notable– se encuentran mucho más sometidas a los dictados de las grandes empresas transnacionales, la banca internacional y los gobiernos extranjeros que en la década de los sesenta, cuando florecía la literatura sobre la dependencia. Sin embargo, como foco de un debate teórico-ideológico, el tema virtualmente ha desaparecido. La realidad de la dependencia se ha profundizado, pero la hegemonía ideológica del neoliberalismo ha hecho que toda mención al problema de la dependencia o de la soberanía nacional quedase relegada en los márgenes del debate público.

Dos de los mayores estudiosos de la economía global, Paul Hirst y Grahame Thompson, han planteado la necesidad de distinguir cuidadosamente entre dos modelos de organización de la economía mundial: uno, la “economía internacional”, y el otro, la “economía global”. La primera es aquella en la cual los principales actores son las economías nacionales. La segunda se caracteriza por el hecho de que en ella las distintas economías nacionales se encuentran subsumidas y rearticuladas en un sistema de procesos y transacciones internacionales (Hirst y Thompson, pp. 7-13). La conclusión a la que llegan ambos autores luego de un medular estudio es que la economía mundial se encuentra aún muy lejos de ser una economía global. Según Hirst y Thompson, los teóricos de la globalización han sido incapaces de demostrar que las fuerzas y los agentes supranacionales desempeñan un papel decisivo en la dinámica de la economía mundial. Se soslaya asimismo que en el pasado se registraron otros episodios de acelerada internacionalización de la economía, y que de ninguna manera los mismos resultaron en la imposición de una dinámica global al sistema; que las

corporaciones transnacionales son relativamente pocas y que las realmente exitosas operan desde –y con la protección de– una base nacional en la cual se encuentran sólidamente arraigadas y protegidas; y por último, que las perspectivas de avanzar en la regulación de la economía mundial por la vía de la cooperación internacional, la formación de bloques comerciales y el desarrollo de nuevas estrategias nacionales que toman en cuenta la internacionalización, no están de ninguna manera agotadas. La conformación de la Unión Europea y la creciente coordinación de políticas macroeconómicas entre Europa, los Estados Unidos y Japón, son otras tantas pruebas que demuestran que la hora de una economía genuinamente “global” aún no ha llegado (Hirst y Thompson, pp. 195-196).

Este diagnóstico es, en líneas generales, congruente con el elaborado por Linda Weiss cuando en sus análisis sobre la reestructuración industrial demuestra que “lejos de ser sus víctimas, los estados “fuertes” deben más bien ser considerados como facilitadores (o a veces, quizás, “perpetradores”) de la globalización” (Weiss, p. 20). Los avances en la globalización de la economía capitalista han sido en gran parte consecuencia de políticas estatales que respondían a los intereses de las coaliciones dominantes de los países centrales, hegemónicas por el capital financiero. La desafortunada desregulación y liberalización de las finanzas internacionales no fue un resultado “neutro”, dependiente de los desarrollos tecnológicos y comunicacionales, sino la consecuencia directa del auge de los gobiernos neoliberales y de las políticas por ellos adoptadas en favor de las fracciones hegemónicas del capital. Como lo demuestra concluyentemente Weiss, la expansión internacional del capital financiero, industrial y comercial de Japón, Corea, Singapur, Taiwán y de los Estados Unidos y Europa, lejos de ser un fenómeno microeconómico originado en el seno de las empresas, respondió a una estrategia política tendiente a reposicionar a estos países en el cambiante escenario económico internacional, y contó para estos efectos con toda la colaboración de los distintos órganos gubernamentales, desde el MITI en Japón hasta el Departamento de Estado en los Estados Unidos. (Weiss, p. 23) La idea tan cara al ideario neoliberal de la “desaparición” del estado-nación o de su creciente irrelevancia, carece de asidero empírico serio.

Las enseñanzas de la historia son, una vez más, aleccionadoras: en las fases anteriores de aceleración de la internacionalización de la economía, sobre todo en el período 1870-1914, llama la atención la ausencia de un discurso que a partir de tales procesos pronosticara, como escuchamos hoy día, la obsolescencia del estado. Por el contrario, muchos de los modernos estados nacionales fueron precisamente organizados o considerablemente robustecidos en esa época, como Alemania, Japón y los Estados Unidos. Otros, como el Reino Unido o la misma Alemania, establecieron en esos mismos años los cimientos del *welfare state*. Como bien observa Hirst, en esa época nadie advertía la existencia de una contradicción entre la acelerada internacionalización de los procesos económicos y la expansión del sector público y el gasto social, algo que hoy constituye un artículo de fe para los neoliberales (Hirst, p. 105). Esta conclusión es avalada en un trabajo realizado por Geoffrey Garrett, en el que se demuestra que no sólo los argumentos actuales sobre la globalización no son nuevos en absoluto, sino que los dos períodos anteriores de acelerada globalización (finales del siglo XIX y la década del ‘70 de este siglo) coincidieron con la construcción de los estados nacionales y la fuerte expansión del activismo estatal en materia económica. Garret también comprueba que, contrariamente al discurso dominante, no existe evidencia alguna que permita sostener que la globalización ha impulsado en los países de la OECD una carrera hacia estándares neoliberales de formulación de políticas económicas, como apertura indiscriminada, flexibilización laboral, o liberalización financiera. Quienes persistieron en su fidelidad al legado keynesiano (obviamente que *aggiornado*) y a las políticas intervencionistas, no fueron más afectados por la fuga de capitales que los gobiernos, por ejemplo, el británico, que abrazaron con ardiente pasión el credo neoliberal. En palabras del autor:

“si un gobierno desea ... expandir la economía pública puede hacerlo (incluso puede aumentar los impuestos al capital para solventar los nuevos gastos) sin que ello afecte su competitividad comercial o estimule a los productores multinacionales a abandonar el país.” (Garrett, p. 919)

Por consiguiente, como demuestra la experiencia de los países desarrollados, la efectividad del chantaje extorsivo de las fuerzas del mercado tiene directa relación con la complacencia gubernamental. La raíz del

problema no se encuentra por lo tanto en la globalización, sino en la respuesta que los gobiernos latinoamericanos están dando ante los desafíos que ésta plantea. Una respuesta dogmática y fundamentalista que busca legitimar una política de penetración y conquista de mercados por parte de las mega-corporaciones internacionales, penetración y conquista para las cuales se requiere de la entusiasta cooperación de los gobiernos anfitriones. Una complacencia gubernamental que avala, por sus actos tanto como por sus múltiples deserciones y el abandono de sus indelegables responsabilidades, el apocalíptico proyecto de restructuración regresiva del capitalismo motorizado por el gran capital financiero internacional. Este proyecto, en caso de triunfar, no sólo produciría un holocausto social a escala planetaria de proporciones incalculables –un universo de varios miles de millones condenados a condiciones infrahumanas de existencia, presionando cada vez con más fuerza sobre los dispositivos de seguridad de la minoría rica del planeta– sino que, además, afectaría irreparablemente la sustentabilidad ecológica de la vida en nuestro planeta. No se trata pues de la inexistencia de alternativas sino de la inexistencia de una voluntad política para adoptar un curso de acción que ponga fin a tanta barbarie, y de la transitoria debilidad de las fuerzas populares, de izquierda y democráticas, para imponer un camino alternativo. No sería exagerado afirmar que ante la catástrofe que nos amenaza estas condiciones se modifiquen rápidamente y permitan el renacer de la esperanza.

Bibliografía

- Amin, Samir 1997b “Capitalisme, imperialisme, mondialization”, trabajo presentado al seminario sobre “El Neoliberalismo y las Alternativas de la Izquierda Europea” (Amsterdam: University of Amsterdam, mimeo).
- Amin, Samir 1997a *Capitalism in the Age of Globalization* (London and New Jersey: Zed Books)
- Bairoch, Paul 1998 “The main economic aspects of globalization in a historical perspective: myths and realities”. Trabajo presentado al seminario sobre “Globalizaciones: dimensiones, trayectorias y perspectivas” (SCASSS: Estocolmo, Octubre 22-25)
- Boron, Atilio A. 1997a *Estado, Capitalismo y Democracia en América Latina* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC)
- Boron, Atilio A. 1997b “La sociedad civil después del diluvio neoliberal”, en Emir Sader y Pablo Gentili, compiladores, *La trama del neoliberalismo* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC).
- Bourdieu, Pierre 1997 *Sobre la Televisión* (Barcelona: Anagrama).
- Calcagno, Alfredo Eric and Alfredo Fernando Calcagno (1995) *El Universo Neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*. (Madrid/Buenos Aires: Alianza Editorial).
- Castellina, Luciana 1997 “La cultura macdonaldizada”, en *Página/12* (Buenos Aires), 1º de Junio.
- CEPAL 1994 *Panorama social de América Latina* (Santiago: CEPAL).
- CEPAL, 1992 *Equidad y Transformación Productiva. Un Enfoque Integrado* (Santiago: CEPAL)
- Chesnais, François 1996 *A Mundialização do Capital* (São Paulo: Xamá Editora)
- Chomsky, Noam 1998 *Noam Chomsky habla de América Latina* (Buenos Aires: Editorial 21).
- Chomsky, Noam y Heinz Dieterich 1996 *La Sociedad Global* (Buenos Aires: CBC/Liberarte).
- Cufre, David 1997 “Chile se vacunó contra la crisis regulando”, *Página/12* (Buenos Aires), 20 de Noviembre, p. 14.
- Drucker, Peter 1986 “The changed world economy”, en *Foreign Affairs*, Volumen 64, Nº 4.
- Drucker, Peter 1997 “The Global Economy and the Nation-State” en *Foreign Affairs*, Volumen 76, Nº 5.
- Edwards, Sebastián 1993 *América Latina y el Caribe. Diez años después de la crisis de la deuda* (Washington, D. C. : Banco Mundial) 34-35).
- Excelsior, 1999 “Unos 500 millones de habitantes de 29 países padecen escasez de agua” (México, 19-3-1999), pp. 3-A y 40.

- Featherstone, M. 1996 "A globalização da complexidade. Pósmodernismo e cultura de consumo", *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (São Paulo), Nº 32.
- Ferrer, Aldo 1997 "Hechos y Ficciones de la Globalización" (Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias Económicas).
- Fiori, José Luís 1997 *Os moedeiros falsos* (Petrópolis: Vozes)
- Friedman, Thomas L. 1999 "La guerra fría era como el sumo", *Página/12* (Buenos Aires) Abril 4, pp. 24-25.
- Galbraith, John K. 1997 "Entrevista a John Kenneth Galbraith", *Folha de São Paulo* (São Paulo, Brasil), 2 de Noviembre de 1997.
- Garrett, Geoffrey 1998 "Mercados globales y política nacional: ¿colisión inevitable o círculo virtuoso?", en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), Volumen 38, Nº 152, Enero-Marzo de 1998.
- Gómez, José María 1997 "Globalização da política. Mitos, realidades e dilemas", en *Praia Vermelha* (Rio de Janeiro), Vol. I, Nº 1.
- Gramsci, Antonio 1966 *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno* (Torino: Einaudi)
- Hirst, Paul 1998 "Globalização: mito ou realidade?", en José Luís Fiori *et al.* *Globalização: o fato e o mito* (Rio de Janeiro: EDUERJ).
- Hirst, Paul y Grahame Thompson 1996 *Globalization in question* (Cambridge: Polity Press).
- Kapstein, Ethan 1991/92 "We Are Us: The Myth of the Multinational," *The National Interest* (Winter).
- Laurell, Asa Cristina 1998 "Social Policy Issues in Latin America", paper presented to the Conference on "Globalizaciones and Modernities: experiences and perspectives in Europe and Latin America", organized by CLACSO/SCASSS/EURAL, Buenos Aires, June 28/July 1st, 1998.
- Leys, Colin 1996 "Monopolies and Globalization", *Red Pepper* (London) Junio, Nº 25.
- Marx, Karl y Friedrich Engels 1966 *Manifiesto del Partido Comunista*, en Marx, Karl y Friedrich Engels, *Obras Escogidas en Dos Tomos* (Moscú: Progreso)
- Naim, Moisés 1993 "Latin America: Post-Adjustment Blues" *Foreign Policy* Fall, Nº 92, pp. 133-150.
- Przeworski, Adam. 1985 *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge.: Cambridge University Press).
- Ramonet, Ignacio 1998 "Los nuevos amos del mundo", en *Le Monde Diplomatique*. Edición Española, *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único* (Madrid: Editorial Debate).
- Sachs, Jeffrey 1998 "International Economics: Unlocking the Mysteries of Globalization", *Foreign Policy*, Primavera, Nº 110.
- Santiere, Juan José 1989 "Distribución de la carga tributaria por niveles de ingreso" (Buenos Aires: Banco Mundial).
- Secretaría de Programación Económica 1994 *El Gasto Público Social y su Impacto Redistributivo* (Buenos Aires: Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos)
- Soros, George 1998 *The Crisis of Global Capitalism* (New York: BBS, Public Affairs)
- Tavares, María Conceição y José Luís Fiori 1993 *Desajuste Global e Modernização Conservadora* (Rio de Janeiro: Paz e Terra)
- *The Economist* 1997 "The Future of the State", September 20th -26th.
- Thompson, Grahame 1997 " 'Globalización' and the Possibilities for Domestic Economic Policy", en *Internationale Politik und Gesellschaft*. (Bonn) Nº 2.
- UNICEF 1995 *Poverty, Children and Policy: Responses for a Brighter Future* (Florenca: UNICEF)
- Wallerstein, Immanuel 1985 *The Politics of the World Economy. The States, the Movements and the Civilizations* (Cambridge: Cambridge University Press).

- Weiss, Linda 1997 "Globalization and the Myth of the Powerless State", en *New Left Review* (Londres), Septiembre/Octubre, N° 225.
- Weiss, Linda 1998 *The Myth of the Powerless State: Governing the Economy in the Global Era* (Cambridge: Polity Press).
- Williamson, John 1990 "What Washington means by policy reform" (Washington: Institute for International Economics)

Notas

* Secretario Ejecutivo de CLACSO y Profesor titular de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Ex Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires y miembro del Consejo Superior de la misma universidad (mayo de 1990 a abril de 1994). Autor, entre otros, de los libros: *Memorias del capitalismo salvaje* (Imago Mundi, Buenos Aires); *The Right and Democracy in Latin America*, coeditado con Maria do Carmo Campello de Souza y Douglas Chalmers (New York, Praeger) y *Estado, capitalismo y democracia en América Latina* (Oficina de Publicaciones del CBC, Buenos Aires)

1. Hemos abordado algunos de estos aspectos en nuestro "Réquiem para el neoliberalismo", en *Periferias* (Buenos Aires: Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas), Año 2, N° 3, Segundo Semestre. de 1997.